

SOBRE EL NACIONALISMO

ISAIAH BERLIN

SOBRE EL NACIONALISMO

TEXTOS ESCOGIDOS

Edición de Henry Hardy

Traducción de
Roberto Ramos Fontecoba
y Alejandro Limeres

PÁGINA INDÓMITA

Títulos originales de los textos: *A Note on Nationalism* (1964), *The Bent Twig: On the Rise of Nationalism* (1972), *Nationalism: Past Neglect and Present Power* (1979), *Two Concepts of Nationalism: An Interview with Isaiah Berlin* (1991)

© Isaiah Berlin, 1964, 1972, 1979, 1991

© de la edición de los textos en inglés,

Henry Hardy, 2013, 1979, 1990, 2019

© de las preguntas de la entrevista, Nathan Gardels, 1991

© de la traducción de «La rama doblada. Sobre el auge del nacionalismo», «El nacionalismo. Su infravaloración en el pasado y su poder presente» y «Dos conceptos de nacionalismo. Entrevista con Nathan Gardels»,
Roberto Ramos Fontecoba

© de la traducción de «Apuntes sobre el nacionalismo»,
Alejandro Limeres

© de la presente edición, PÁGINA INDÓMITA, S.L.U.

Providencia 114 bis, 4º 4ª. 08024 Barcelona

www.paginaindomita.com

Diseño de cubierta y composición: Ángel Uzkiano

Imagen de cubierta: Lucinda Douglas-Menzies

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Primera edición: noviembre de 2019

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-949992-3-9

Depósito legal: C-1898-2019

ÍNDICE

Nota a la presente edición	9
Apuntes sobre el nacionalismo	11
La rama doblada. Sobre el auge del nacionalismo	29
El nacionalismo. Su infravaloración en el pasado y su poder presente	73
Dos conceptos de nacionalismo. Entrevista con Nathan Gardels	121
Índice onomástico	147

NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN

El volumen que el lector tiene en sus manos reúne por primera vez en cualquier idioma todos los ensayos en los que Isaiah Berlin abordó la cuestión del nacionalismo, y se complementa además con una entrevista concedida por el autor al hilo del mismo asunto.

El primero de los textos, «Apuntes sobre el nacionalismo», fue publicado originalmente en 1964, en un número especial de la revista *Forethought* del Eton College. Posteriormente, sería incluido en la segunda edición (ampliada) del libro de Isaiah Berlin *El poder de las ideas*, publicada en el año 2013 por Princeton University Press y, en su versión española, en 2017 por Página Indómita.

El segundo ensayo, «La rama doblada. Sobre el auge del nacionalismo», vio la luz en *Foreign Affairs* en 1972 y fue recogido después en el libro de Berlin *El fuste torcido de la humanidad. Capítulos de historia de las ideas*, publicado por la editorial John Murray en 1990.

El tercero de los textos, «El nacionalismo. Su infravaloración en el pasado y su poder presente», fue pu-

blicado originalmente en castellano por la revista *Diálogos*, en 1978. Un año más tarde vería la luz en inglés en *Partisan Review*, y posteriormente sería recogido en *Contra la corriente. Ensayos sobre historia de las ideas* (Hogarth Press, 1979) y en *El estudio adecuado de la humanidad. Antología de ensayos* (Farrar, Straus and Giroux, 1997).

Por último, la entrevista con Nathan Gardels tuvo lugar a finales del verano de 1991 en Portofino, Italia, y fue publicada ese mismo año en *New Perspectives Quarterly* y, con ligeros cambios (enmiendas y adiciones del propio Berlin y de los editores), en *The New York Review of Books*. Posteriormente, sería publicada en su forma original, es decir, sin dichas enmiendas, en Nathan Gardels (ed.), *At Century's End: Great Minds Reflect on Our Times*, ALTI Publishing, 1995. Aquí seguimos la versión corregida de *The New York Review of Books*, que, como el resto de los textos, ha sido editada por Henry Hardy.

APUNTES
SOBRE EL NACIONALISMO
(1964)

Mucho se ha escrito sobre el nacionalismo en los últimos cien años, aunque quizás no lo suficiente, puesto que durante este periodo el nacionalismo ha sido, en mi opinión, la más poderosa de todas las influencias sobre la vida pública en Occidente, y hoy en día lo es en todo el mundo. Se han propuesto muchas explicaciones para este fenómeno: que es la expresión ideológica del Estado-nación, y que decaerá con él a medida que se acentúa el debilitamiento de las fronteras nacionales producido por las dos guerras mundiales y por la expansión del sistema de las grandes empresas y de sus ramificaciones globales; o, de modo alternativo, que es una fe secular generada por la necesidad de llenar el vacío creado por el declive de la religión; o que es un subproducto de la lucha de clases —una forma de opio deliberadamente administrada a los proletarios, con el objetivo de que obedezcan y defiendan a sus amos capitalistas—. Sin embargo, los vastos cambios en la estructura social y política de la humanidad no han hecho que el nacionalismo crezca con menos fuerza o se ex-

tinga. Por el contrario, este ha sido apuntalado mediante guerras y revoluciones, y es hoy más fuerte y peligroso que nunca. De hecho, podría decirse que, si la humanidad se aniquila a sí misma, lo hará mediante el estallido de la violencia nacionalista, y no de la violencia social.

Nos encontramos ante una extraordinaria paradoja. Vivimos en un mundo más unificado que cualquier otra sociedad que los seres humanos hayan conocido jamás. La mera expansión de las comunicaciones, que hacen que cualquier invención, descubrimiento o acontecimiento relevante —incluso cuando se trata de las noticias más efímeras— sean inmediatamente conocidos en cualquier país del mundo, era algo inaudito antes del siglo XIX. Es una obviedad, si bien trágica, que el insólito desarrollo de las armas de destrucción (el equilibrio basado en el terror en que vivimos) ha creado una sombría interdependencia entre los seres humanos, una especie de unidad. Toda revuelta militar en la historia moderna ha tendido a derribar muros: la Revolución francesa y Napoleón minaron el Estado dinástico, un proceso completado por la Gran Guerra; la Segunda Guerra Mundial anunció el fin del colonialismo y de unas fronteras europeas defendidas con demasiada fiereza. Por muy terrible que haya sido el precio pagado, lo cierto es que una de las consecuencias de la invasión y de la tentativa de reorganización de Europa por parte de Hitler fue la destrucción de las viejas fronteras, y esto ha representado un factor importante para que la unión

—económica y, quizás en un futuro no muy lejano, también política— de Europa sea no solo posible, sino probable.

Es un tópico decir que vivimos en un mundo dividido por ideologías en conflicto que, independientemente de su naturaleza, no están confinadas dentro de fronteras nacionales, sino que tienen un alcance mundial. Sin embargo, ningún movimiento que no se haya aliado con el nacionalismo ha tenido éxito en los tiempos modernos. Todos los movimientos que han desafiado al nacionalismo han sido derrotados inmediatamente o bien se han visto muy debilitados por la resistencia que han encontrado.¹

La Revolución francesa, que dio comienzo a la historia moderna propiamente dicha, estuvo impulsada por ideales universales. Proclamó la libertad, la igualdad y la fraternidad de todos los hombres, no solo los franceses, o los europeos, o los cristianos, o los blancos. Pero, como todos sabemos, dio paso a la invasión de muchas naciones por parte de una, a la bandera tricolor revolucionaria como bandera nacional francesa, a Napoleón y al sueño de la gloria nacional, a las heridas a otras naciones europeas, unas heridas que inflamaron los sentimientos nacionales de los conquistados y, a su debido tiempo, derivaron en un nacionalismo patológicamente

1. Esta hipótesis, aunque no con los mismos ejemplos, ha sido expuesta por el profesor Yaakov Talmón [en *Los orígenes de la democracia totalitaria* (Londres, 1952)].

violento por parte de estos últimos. Personas como Goethe o Hegel, que creían en un orden racional organizado por hombres con grandes miras filosóficas, hombre libres de las pasiones, ya fuesen estas individuales o nacionales —y quienes, en este sentido, reflejaban la visión ilustrada del siglo XVIII—, se volvieron impopulares entre 1813 y 1815, cuando mostraron escasa simpatía por la intensificación en Alemania de los sentimientos nacionales violentos durante la guerra patriótica que acabó con la victoria sobre Napoleón.

Del mismo modo, en 1848 las revoluciones democráticas inspiradas por ideales universales fueron aplastadas fácilmente por hombres que simbolizaban el nacionalismo agresivo, si bien de distinto tipo: Napoleón III y Bismarck. La revolución en el Imperio austrohúngaro, una amalgama plurinacional cuyos líderes temían y refrenaban cualquier manifestación de los sentimientos nacionales entre sus súbditos, fue aplastada con ayuda de las tropas facilitadas no solo por Rusia, sino también por los eslavos meridionales, cuyos sentimientos puramente nacionales —casi tribales— se alimentaban del rechazo a los revolucionarios no eslavos (germanos o magiares). Y todos sabemos que el resultado de la guerra franco-prusiana de 1870-1871 marcó el ascenso de las ambiciones y los logros pangermánicos.

Tampoco se puede explicar lo acontecido en 1914 —como han intentado algunos socialistas— puramente

en términos de la rivalidad entre combinados nacional-capitalistas, como el choque entre imperialismos que serían el estadio último del capitalismo predatorio, enzarzado en una guerra interna. Lo que ocurrió, tal y como se acepta de forma generalizada en la actualidad, fue más complejo: el deseo creciente de poder y gloria —un puro sentimiento nacionalista de tipo irracional— por parte de los grandes Estados europeos fue a lo sumo un obstáculo al libre desarrollo del capitalismo mundial, el cual podría haber llegado a acuerdos pacíficos para la explotación combinada de materias primas y de pueblos nativos en una atmósfera oportunista, fría y despiadada. Fue la violencia nacionalista lo que hizo saltar por los aires no solo las previsiones de las grandes empresas, que tenían poco que ganar con la guerra —¿acaso Sir Norman Angell no había demostrado en su brillante libro,² escrito antes de 1914, que una gran guerra frustraría por igual los intereses de las naciones y de los individuos, lo cual hizo creer a muchos que dicha gran guerra no podría ocurrir?—, sino también, y de forma más asombrosa, las previsiones de la propia Internacional Socialista, la gran organización mundial que, poco tiempo antes, había jurado solemnemente —a través de los líderes sindicales alemanes y franceses— que nada conseguiría que los trabajadores marchasen los unos

2. Es de suponer que en *The Foundations of International Policy* (Londres, 1914). (N. del. E.)

contra los otros, que las guerras nacionales eran una horrenda reliquia de un pasado violento e irracional que jamás habría de repetirse.

No es necesario describir cómo los acuerdos de paz de 1918 estimularon los sentimientos nacionalistas tanto entre los conquistadores como entre los conquistados. Quizá el ejemplo más llamativo sea el de Rusia. La Revolución bolchevique de 1917 tuvo un profundo y genuino carácter antinacionalista, pero al final siguió con fidelidad el curso de su predecesora francesa. Fue el auge del sentimiento democrático-jacobino, en última instancia nacionalista, intensificado por la guerra civil y por la intervención de los Aliados, lo que hizo posible la victoria soviética. Bajo Stalin y sus sucesores el sentimiento nacionalista nunca fue rechazado, pasó a identificarse con la rama rusa del comunismo: en la Segunda Guerra Mundial, y después, el comunismo y el orgullo nacional ruso se identificaron de manera indisoluble; el anticapitalismo y el patriotismo se fundieron en uno. Los intentos de disociarlos eran y son mal vistos por el Estado soviético y el Partido Comunista. Por lo que respecta a la Revolución china y los movimientos comunistas del Sudeste Asiático, avanzaron llevados por una ola de xenofobia: que el enemigo fueran los demonios blancos o los capitalistas, los explotadores o los imperialistas extranjeros, importaba poco. La Revolución china fue, en todos los sentidos, una revolución tanto nacional como ideológica.